

## **Burdel, escoba, instinto**

El arte puede morir –decía Miró– pero lo que importa es que haya esparcido gérmenes sobre la tierra...

Los cuadros pueden destruirse. Su valor debe radicar en las ideas y sentimientos que transmiten para forjar nuestra conducta en el futuro.

Lejos de la beatería que propicia la mitificación, no encontraremos mejor manera de honrar a Picasso, Miró y Tàpies que abrir las ventanas a la interlocución y apoyo, al estado de vigilia y a la intención crítica con la voluntad de proponer soluciones nuevas para un nuevo momento y un próximo futuro, de otra generación ya hoy presente.

Un hilo visible, en su pintura, liga a los tres artistas como en una frontalidad románica: el vuelco de una perspectiva que estuvo presente en el arte hasta que, en 1907, aparece el burdel pictórico de Picasso: "Las señoritas de Avignon".

En este burdel, en este salón de los espejos rotos, cinco prostitutas expresadas en rasgos geométricos se nos ofrecen en un espacio pintado como con navaja, en un violento uso de las formas. Este lienzo salpicado de ojos que nos miran cara a cara desde sus negras córneas como cucharas. No hay pezones ni sexos, sólo ojos y a sus pies una naturaleza muerta como un corte lunar de sandía y otros frutos dionisíacos. Con ellas comienza el cubismo, interpelando al espectador con tanta intensidad que se siente observado por ellas e invitado a entrar pintura adentro.

El cubismo es un gran misterio contemporáneo que Picasso resuelve con otro enigma. No es una cuestión simplista de planes, esferas y conos en un azar de geometría, lo que nos ofrece el cubismo es otra visión acertada en la forma de representar el espacio del interior en el que nuestros espíritus y cuerpos se desplazan. Una ruptura con la tradición occidental pictórica de ver la pintura como ventana al muro, un ejercicio de búsqueda de la verdad y la visión: no sólo una revolución en el espacio de la pintura, sino también una revolución en nuestra percepción y comprensión del espacio de la pintura. Una secuencia de la mirada.

Un apéndice: En su última década de prodigioso trabajo, el 30 de junio de 1972, Picasso pinta un último autorretrato en el que apunta la silueta de una calavera, terrible como presagio y serena como alegoría. En la paridad de sus tonos cromáticos y la perplejidad de su mirada invitan, ineludiblemente, a asumir que un gran final se cierra en el punto de inicio. Las señoritas de la calle Avinyó habitan para siempre en el último rostro de Picasso.

Tres años antes, en 1969, Joan Miró había dibujado con una escoba, pintura negra y su pictórica caligrafía, un mural efímero en las vidrieras del Colegio de Arquitectos de Barcelona, justo debajo de los esgrafiados que había realizado Picasso el 1962 para el edificio, abriendo un diálogo incandescente entre artistas. Toda una danza y privilegio, en aquel año, para los ojos de la ciudad.

Hay pinturas que no pueden mirarse de frente. Nos ciegan. Como en un incendiario espectáculo del universo, Joan Miró inicia a finales de la década de los treinta su serie de veintitrés "Constelaciones", gouaches y témperas de pequeño formato pero monumentales, con títulos como "La escalera de la evasión", "La estrella matinal", "Nocturno", "Mujer rodeada por el vuelo de un pájaro"... como en un pictórico relato de cosmología, lluvia de ojos, sexos y estrellas.

Según Miró, estos trabajos tenían su origen en la música y en la naturaleza en un momento de gran pesimismo por la invasión nazi en Francia y la victoria franquista en España. Estaba convencido de que no le dejarían pintar más y que sólo podría ir a la playa a dibujar en la arena o trazar figuras con el humo de un cigarrillo. Miró pinta con nocturnidad estas insólitas constelaciones, como una obra trágica y luminosa a la vez.

No hay inocencia en estas irradiaciones magnéticas, existe un equilibrio secreto que se basaba como dijo él mismo, en los reflejos sobre agua, y no de forma naturalista, donde su intención principal era conseguir un equilibrio de composición. Un ritmo. Con el estallido de sus constelaciones, creó una topografía poética y pictórica del siglo XX.

Sin la presencia de la obra de Joan Miró, el universo no tendría donde reflejarse y nosotros viviríamos con más oscuridad, la noche.

Pienso ahora en algunas de las últimas obras de Miró en las que la presencia de la pintura se manifiesta a partir de su ausencia física. Me refiero a sus "telas quemadas" del año 1973, donde no se celebra lo divino sino la huella de su fuga. Esta reflexión se produce también en muchos de los trabajos de Tàpies.

Tàpies recoge la semilla sembrada por Picasso y Miró y escribe: «Fue gracias a la obra de Picasso y Miró que pude deshacerme, en plena juventud, del peso que me ahogaba aquí y con el ejemplo de estos artistas aprendí rápidamente a volver a respirar esos aires puros de altas montañas...» Tàpies toma y pinta el instante y lo proyecta a través de sus signos compulsivos y de la materia como fijación del fluido, movimiento en la quietud, provocando un desplazamiento del alma hacia una región del espíritu donde las cosas no sólo son ideas sino formas visibles, presencias.

Con una constante interrogación de lo real y del camino que va de la contemplación del espacio a la conciencia del tiempo, Antoni Tàpies cree en el artista sin necesidad de reglas, que se proyecta como una sustancia psíquica en el material. Lo que cuenta para Tàpies es, en efecto, este tipo de electricidad, una calidad humana profunda o algo importante que decir y que se concreta en la obra de arte. Es necesario respetar —escribió— nuestras pulsiones más profundas. A veces parece que buscamos la extravagancia y fantasías. No importa. Se debe confiar en el instinto.

No muere quien muere y nos deja en compañía de una obra y una actitud de vida que ha encarnado solidaridad, generosidad, luchas y esperanzas que agradecemos y compartimos. Así Picasso, Miró y Tàpies.

En este tiempo de conmemoración de los diferentes aniversarios, como el medio siglo del fallecimiento de Picasso, el centenario de Tàpies o los cincuenta años de la Fundació Miró de Barcelona, todo intento de evocar a estos tres grandes artistas parece inalcanzable pero al contemplar ese horizonte infinito, quisiera avanzar, con mis palabras, tan sólo un paso y para terminar, tomar un verso de J.V. Foix: «Un esqueje de luna, plantado en los rellenos de la Punta del Molí, brota, echa hojas y florece, y miles de lunas alumbran sobre mares, selvas y cielos sin leyenda».

Frederic Amat